

tán y estableciendo un régimen de sanciones para los países que abandonen el Tratado, como hizo recientemente Corea del Norte.

En quinto lugar, urge tomar conciencia que la inseguridad empuja la ambición de los Estados de tener un arma nuclear. Esas ambiciones no se pueden combatir solamente a través de medidas de no proliferación. La solución de conflictos por la diplomacia y a través de negociaciones que alienten sentimientos de seguridad, en vez de temores, son un camino necesario para reducir el peligro nuclear.

Por último, cabe una reflexión sobre la importante distinción entre la energía nuclear para fines bélicos y para fines pacíficos. La capacidad destructiva de aquélla contrasta con la importancia de la segunda para solucionar los retos más serios de la humanidad en los próximos años: satisfacer las necesidades de energía y proteger el medio ambien-

te. No es imposible imaginar que el camino hacia la utilización constructiva de la energía nuclear pueda pavimentar el camino hacia un diálogo más positivo para detener la proliferación de armas nucleares. De hecho, en la medida que el OIEA cumpla con su cometido de propiciar el uso del átomo para la paz, “convertir espadas en arados” puede ser un objetivo más cercano. La racionalidad que obliga a trabajar para evitar la proliferación de armas nucleares tiene una forma de expresarse en la cooperación para usar la energía nuclear en la generación de energía eléctrica, medicina nuclear o aplicaciones en la agricultura. Ambos objetivos, eliminar el peligro nuclear y usar la energía nuclear para el desarrollo, pueden y deben ir de la mano. De alcanzarse, las próximas generaciones no vivirán bajo el temor de que Hiroshima vuelva a repetirse.

La experiencia en Irak y el rumbo de la política exterior de Estados Unidos

SEMINARIO MÉXICO

MIGUEL ÁNGEL VALVERDE LOYA

Director adjunto, EGAP. Tecnológico de Monterrey, campus Ciudad de México.

La ocupación estadounidense de Irak se extiende ya por más de dos años, y tras una inicial serie de tumbos y decisiones cuestionables y sin lógica clara, la administración del presidente Bush parece apegarse a un plan con objetivos definidos y perspectivas a mediano plazo. Se ha fijado el próximo 15 de agosto como fecha límite para la redacción de una nueva constitución iraquí, que sienta las bases de un nuevo Estado que concilie las diferencias y permita la convivencia de los tres grupos étnicos principales del país, los kurdos y los musulmanes chiitas y sunnitas. Esto se apega a la estrategia estadounidense de “construcción nacional”, que implica establecer Estados-nación viables, estables y prooccidentales, y a

la de “cambio de régimen”, que significa remover (a través de todos los medios disponibles) regímenes hostiles u “ofensivos”, y sustituirlos por otros “menos ofensivos”.

Estas estrategias tienen ya larga tradición, y se han utilizado en combinación con la fuerza militar y estricta diplomacia. Hay experiencias recientes de fracaso en su uso (el caso de Somalia durante el gobierno de Clinton), pero también de relativo éxito (Afganistán). Pese a los considerables obstáculos, la administración Bush apuesta a un resultado favorable en Irak.

El plan estadounidense incluye la capacitación y entrenamiento de las fuerzas del orden locales, pro-

grama en el que participan contingentes de la OTAN, y que es la señal más tangible de intento de acercamiento con varios de sus aliados europeos. Considera también ambiciosos proyectos de inversión en infraestructura, por un monto total de cerca de 60 mil millones de dólares, que sin embargo se están realizando muy lentamente, debido en considerable medida a los riesgos de seguridad y el alto costo que éstos implican. Así, la preocupación más inmediata es que las fuerzas de Irak sean capaces de enfrentar y controlar a la insurgencia y mantener la paz, lo que permitiría avanzar en la reconstrucción económica y un retiro al menos parcial y gradual de los 138 mil efectivos militares estadounidenses y cerca de 20 mil aliados estacionados en suelo iraquí.

El nuevo embajador estadounidense en Irak, Zalmay Khalilzad, ha asumido un papel muy activo en los asuntos internos iraquíes, a diferencia de funcionarios anteriores. Ha señalado la necesidad de cumplir con el compromiso de tener un texto constitucional para la fecha establecida, exhortando a las partes a una negociación intensa y permanente. Los kurdos, concentrados en el norte, demandan la creación de un estado federal que les otorgue considerable autonomía, y dar marcha atrás a las políticas de "limpieza étnica" de Saddam Hussein, que los privaron de parte de su territorio. Los chiitas, que predominan en el sur, desean que la constitución haga referencia y base su mandato en la ley islámica (proponen la creación de la República Islámica de Irak). Los sunnitas, el menor de los grupos y localizado predominantemente en el centro del país, se oponen a un arreglo federal argumentando que equivaldría al desmembramiento del país, indicando que los ricos yacimientos petroleros se encuentran en el norte (bajo control kurdo) o en el sur (bajo control chiita). Junto con los kurdos, rechazan adoptar la ley islámica, preocupados por los derechos humanos en general, y en particular de las mujeres y la libertad de culto.

Las demandas territoriales kurdas frente a Turquía, aliada de Estados Unidos en la OTAN, favorecen, que pese a cierta simpatía por los kurdos, los estadounidenses asuman una posición neutral. Su conclusión parece ser que la división del país complicaría aún más el mapa geopolítico del Medio Oriente. Aunque la mayoría de los insurgentes

que resisten la ocupación y las autoridades iraquíes provienen de facciones sunnitas, miembros de los otros grupos también constituyen células rebeldes en distintas partes del país, y reciben un velado pero esencial apoyo de Siria e Irán, que a su vez los utilizan como pieza en su propio juego político frente a Estados Unidos.

La negociación entre estos grupos es complicada, y con las reglas establecidas, cada uno tiene la posibilidad matemática de bloquear una propuesta constitucional. Incluso se ha señalado que con un arreglo deficiente se corre el riesgo de una guerra civil. Algunos de los líderes iraquíes se han manifestado por una prórroga, pero el gobierno estadounidense continúa presionando para cumplir con el calendario establecido, que incluye un referendo sobre la constitución en octubre y elecciones legislativas en diciembre. La viabilidad de acuerdo depende del logro de mecanismos balanceados de representación, tanto en el congreso como en el gobierno, y la centralización de los recursos petroleros para luego asignarlos con criterios de equidad.

A pesar de que la ocupación ha cobrado la vida de más de 1 800 soldados estadounidenses, con un recrudescimiento de los ataques este verano, y que a ello se agregan 26 mil víctimas civiles de varias nacionalidades (sobre todo iraquíes), la mayoría de la población estadounidense la percibe como ajena y distante. En un contexto de expansión económica interna, una buena parte otorga el beneficio de la duda a la política exterior de Bush.

Pero el presidente parece tener urgencia por obtener y presentar logros concretos de su política en Irak, y poder eventualmente iniciar el retiro de tropas. Filtraciones a la prensa sugirieron que un primer retiro podría llevarse a cabo durante la primavera del próximo año. Sin embargo, la experiencia indica que la violencia aumenta durante los procesos políticos, y algunas fuentes señalan la posible necesidad de un incremento considerable de efectivos militares para fines de año. Por otro lado, las fuerzas iraquíes están aún lejos de poder tomar la situación en sus manos.

La invasión y ocupación de Irak tuvo como guía y sustento el giro hacia el unilateralismo de la política exterior estadounidense. Este giro se ha atribuido generalmente a las ideas neoconservadoras del presidente Bush y su círculo de colaboradores republicanos más cercanos, notoriamente el vicepresidente

Dick Cheney y el secretario de defensa Donald Rumsfeld, veteranos de la administración de Bush padre, con intereses en compañías petroleras (en el caso de Cheney) y supuestamente prestos a ajustar cuentas con Saddam Hussein. Autores influyentes como John Ikenberry exponen (y denuncian) el abandono de compromisos internacionales y la actuación al margen de organismos multilaterales, como una aberración estratégica (y temporal) de Bush, que daña la posición internacional de Estados Unidos. Sin embargo, estudiosos como David Skidmore han señalado que este cambio tiene raíces más estructurales. Durante la guerra fría, la conservación del dominio hegemónico de Estados Unidos en occidente era un fuerte incentivo para su participación en organismos y acuerdos internacionales, frente a la amenaza y desafío del bloque soviético. Los estadounidenses se mostraban dispuestos a cubrir los costos económicos y políticos para conservar los intereses sistémicos, aun a costa de sus propios intereses. La comunidad internacional, por otro lado, no esperaba que Estados Unidos se ajustara fielmente a las reglas establecidas.

Con el fin de la guerra fría y la ausencia de un competidor equiparable, el orden "poshegemónico" se apoya menos en instituciones internacionales y más en el poder directo estadounidense, que enfrenta diversos grados de resistencia. Los otros países demandan ahora que Estados Unidos se ajuste a las normas institucionales internacionales, pero el poder estadounidense le permite actuar unilateralmente. Esto significa que ahora puede buscar y defender sus intereses particulares y que aumenta la influencia de los procesos políticos internos. En el caso de Irak, los argumentos de la amenaza de armas de destrucción masiva en manos de un régimen hostil o el combate al terrorismo no disimulan una motivación fundamental de la intervención, la de lograr la estabilidad de un país y una región con enormes recursos petroleros, considerados esenciales para la seguridad nacional estadounidense. Es además previsible que la competencia por estos recursos se acentúe en el futuro cercano, con la incorporación de nuevos y agresivos actores, como las compañías petroleras chinas, entrando en escena.

COMENTARIOS

Victor Alarcón Olguín. UAM-Iztapalapa. El escenario mostrado por Miguel Ángel Valverde no podría ser más revelador de la clásica disyuntiva histórica en que se ha colocado Estados Unidos dentro de la era del unipolarismo: convertirse en un líder responsable de la civilización democrática de corte occidental; o asumir el papel del depredador que sencillamente se guía por sus intereses de seguridad nacional y hegemonía sobre los mercados petroleros de la zona. La experiencia en Irak nos revela la dificultad para entender que las nuevas batallas en pos del desarrollo no sólo se materializan en términos de crear instituciones políticas y modernización económica, sino que también deben lidiar con las exigencias de una confrontación cultural y religiosa que se vuelve incomprensible, incluso para la propia lógica con la que los fundamentalistas religiosos y seculares intentan imponer sus valores a la población en un afán de mostrar la legitimidad de su respectivo proyecto de nación.

Gustavo López Montiel. ITESM-CCM. El modelo que explica la política exterior estadounidense y que se aborda en el texto es relevante para ubicar los posibles desenlaces en otros lugares como Irán y Corea del Norte; de ahí su valía. Sin embargo, resaltan algunos hechos que nos obligan a reflexionar sobre temas que se han conectado al conflicto, como la verdadera incidencia de la relación entre ocupación y terrorismo, que a mi parecer se ha sobredimensionado. También nos lleva a replantear la modificación de las relaciones entre países árabes como resultado de procesos históricos como la misma guerra en Irak, el cambio de régimen en Afganistán, la distensión entre palestinos e israelíes a raíz de la desocupación, el retiro de Siria en Líbano, la muerte del rey saudí y su reemplazo, el nuevo gobierno en Irán, etc., que han modificado las relaciones de poder en el interior de la región y, por lo tanto, la influencia de los temas en la definición de la política exterior local.

Jorge Cadena Roa. CEIICH-UNAM. La ponencia de Miguel Ángel Valverde llama la aten-

ción sobre uno de los problemas más acuciantes de nuestro tiempo: la relación entre Occidente y Oriente, que ahora se expresa en guerras preventivas y terrorismo, y en la que políticas multilaterales han sido sustituidas por políticas de gran potencia. El coctel que conjunta a ambos hemisferios tiene componentes difíciles de combinar de manera estable. Por supuesto que no se trata tan sólo de diferencias culturales y religiosas que bien podrían comprenderse y hacerse llevaderas desde el punto de vista de la irreductible pluralidad y la contingencia de lo social, a lo que estamos cada vez más habituados, sino que esas diferencias han sido instrumentalizadas por elites políticas asentadas en la tradición, convertida en terreno movedizo como consecuencia de procesos de secularización y de diferenciación de esferas (Estado, mercado, sociedad civil) que caracterizan a la modernidad. Para reafirmarse, estas elites han elaborado discursos fundamentalistas que les permiten legitimar sus proyectos, movilizar el apoyo de otros grupos sociales y prolongar su existencia.

La ocupación estadounidense y aliada de Irak ha sido asociada con el terrorismo islámico en occidente. Sin duda proporciona un referente discursivo a esta actividad, pero la causa fundamental es el proceso de secularización en las sociedades musulmanas que amenaza a sus grupos fundamentalistas, quienes culpan a Occidente. El retiro de aliados como España y Japón alivia presiones internas en estos países, pero probablemente fortalece al terrorismo y a la política unilateral de Estados Unidos.

La violenta y constante intensidad de la insurgencia ha puesto a prueba el ejercicio estadounidense de construcción nacional y diseño constitucional en Irak. En esta parte del mundo, queda esperar que los intereses geopolíticos de EU sean lo suficientemente balanceados por el peso de los ideales democráticos, lo que



permita a los propios iraquíes asumir el papel preponderante en la definición de su futuro. Queda también esperar que Estados Unidos aprenda de esta experiencia sobre los significativos costos de enfrentar la resistencia de la comunidad internacional, sin buscar y lograr la base de legitimidad que el multilateralismo puede llegar a ofrecer. Esto es relevante respecto a los programas nucleares de Irán y Corea del Norte. En el primero, los estadounidenses han cedido en buena medida la iniciativa diplomática a los europeos, procurando un frente más amplio. La influencia de China sobre Corea del Norte convierte a la primera en referente y extraño aliado para la búsqueda de cualquier acuerdo exitoso. La acción multilateral parece seguir siendo una buena opción, aun para Estados Unidos.

Emilio Rabasa Gamboa. ITESM-CCM. Creo que la política estadounidense en Irak, después de que Bush nunca pudo justificar la invasión, con el argumento de las armas de destrucción masiva, que nunca aparecieron, ahora presenta dos incógnitas de muy difícil solución: 1) ¿existen las condiciones que aseguren la perdurabilidad del nuevo régimen basado en la nueva constitución? Incluso, ¿será viable el proceso constitucional mismo? Considerando las profundas diferencias entre las tres fuerzas políticas predominantes que menciona Valverde en su ponencia, ¿es políticamente factible el necesario acuerdo entre ellas, para asegurar el éxito del proceso de institucionalización de ese país, a pesar de la presión de EU?, y 2) ¿hasta qué punto el terrorismo del fundamentalismo islámico, que ha desatado esa guerra, será un factor determinante de la inestabilidad en Irak, en la zona geopolítica de Oriente Medio y en Occidente mismo, que impida la reconstrucción perdurable del país invadido? Que no olvide Bush lo que pasó a los franceses en la batalla de Argel, título por cierto, de una gran película.

Juan Luis Hernández. Universidad Iberoamericana. Revisemos el concepto de "legitimidad" en las acciones estratégicas tanto de los estadounidenses como del terrorismo islámico. El fundamentalismo islámico no es una corriente teológica ni política que defina al islam. Es una corriente teocrática que se volvió protagónica en los últimos 25 años, entre otras cosas, por el mismo impulso estadounidense para contrarrestar al socialismo árabe. Las acciones intervencionistas de EU y sus aliados le brindan "legitimidad" al discurso y propaganda de los terroristas que encuentran eco a sus acciones en una parte significativa del mundo islámico. Gracias a la ocupación estadounidense, los grupos terroristas seguirán encontrando militantes dispuestos a continuar una guerra santa contra los excesos imperialistas. Al mismo tiempo, las acciones terroristas en Europa parecen obedecer a decisiones estratégicas bien planeadas, simbólicamente contundentes y con efectos colaterales en la política y el es-

tado de ánimo de los ciudadanos que se preguntan si fue correcta la alianza con los estadounidenses en su aventura en Irak. La ocupación no sólo ilegal sino "ilegítima" de Irak por parte de la hegemonía estadounidense y sus aliados será una larga lucha desgastante entre el poderío de la gran y única potencia y la ofensiva terrorista que ha visto en la guerra de guerrillas su mejor posición. El terrorismo islámico se nutre de política y, específicamente, de las acciones político-militares en Asia por parte de los estadounidenses. Hay terrorismo para una larga temporada porque el fundamentalismo conservador de la Casa Blanca parece necesitar enemigos que justifiquen y "legitimen" una hegemonía "protectora" y "salvadora". Los estadounidenses pagarán cara su soberbia imperial al involucrarse plutocráticamente en la desestabilización de un teatro de operaciones donde la relación política-religión es algo más que una simple variable.